

BIBLIOTECA

INFANTIL

SEVILLANA



EL
AVARO SUNG-CHING

LIT DE J. LAMA - SEVILLA

ANT-XIX-1841/5

R. 43. 692

1

p



608/6

EL AVARO SUNG-CHING

BEAVER HILL

16 cms.

BIBLIOTECA INFANTIL SEVILLANA



EL
AVARO SUNG-CHING



Cuento para Niños

(CON LICENCIA DE LA AUTORIDAD ECLESIASTICA)



SEVILLA

Tipografía de *La Industria*, Serpes, 19

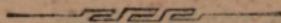
1896

Es propiedad de D. Rafael
Zambrano, autor y editor de
la BIBLIOTECA.

Queda hecho el depósito que
marca la Ley.



EL AVARO SUNG-CHING



En Cantón, ciudad populosa del Celeste Imperio ó sea de la China, habitaba en la calle llamada del Pañuelo, un viejo muy rico, pero tan mezquino y avaro que, en su afán inmoderado de acrecentar su fortuna, vivía en la mayor estrechez y pobreza, y siempre dispuesto á realizar cualquier acción por mala y perversa que fuera, con tal de que le proporcionase dinero.

Cuentan que, allá por los años de 1850 al 51, se presentaron al viejo, cuyo nombre era Sung-Ching, dos hombres que le conocían y le dijeron:—¿Quieres cedernos tu ca-

sa, y te damos por ella quince taeles diarios, ó sean veinte duros?

En los ojos del viejo se pintó la mayor alegría, al oír tan buena proposición.

—¿A qué vais á destinarla? Pues en verdad me causa gran extrañeza lo mucho que ofreceis por ella.

—Sencillamente á la fabricación de monedas falsas de plata y oro.

—Por Pan-Kú y por el Dragón del Imperio, ¿sabeis lo que estais diciendo? ¿queréis que nos descubran, y que á vosotros como falsificadores os condenen á muerte, y á mí por encubridor me den ochenta palos, me destierren y me quiten mis bienes? podeis retiraros, y agradecedme que no os de late á la justicia.

—Vamos, Sung-Ching, no te alarmes: ¿es que te parece poco la suma ofrecida? pues la triplicamos, y además te damos participación en el negocio: mejor que este no se te presentará ninguno: nos arriendas la casa por un año, y al cabo de ese tiempo, eres el hombre más rico del mundo.

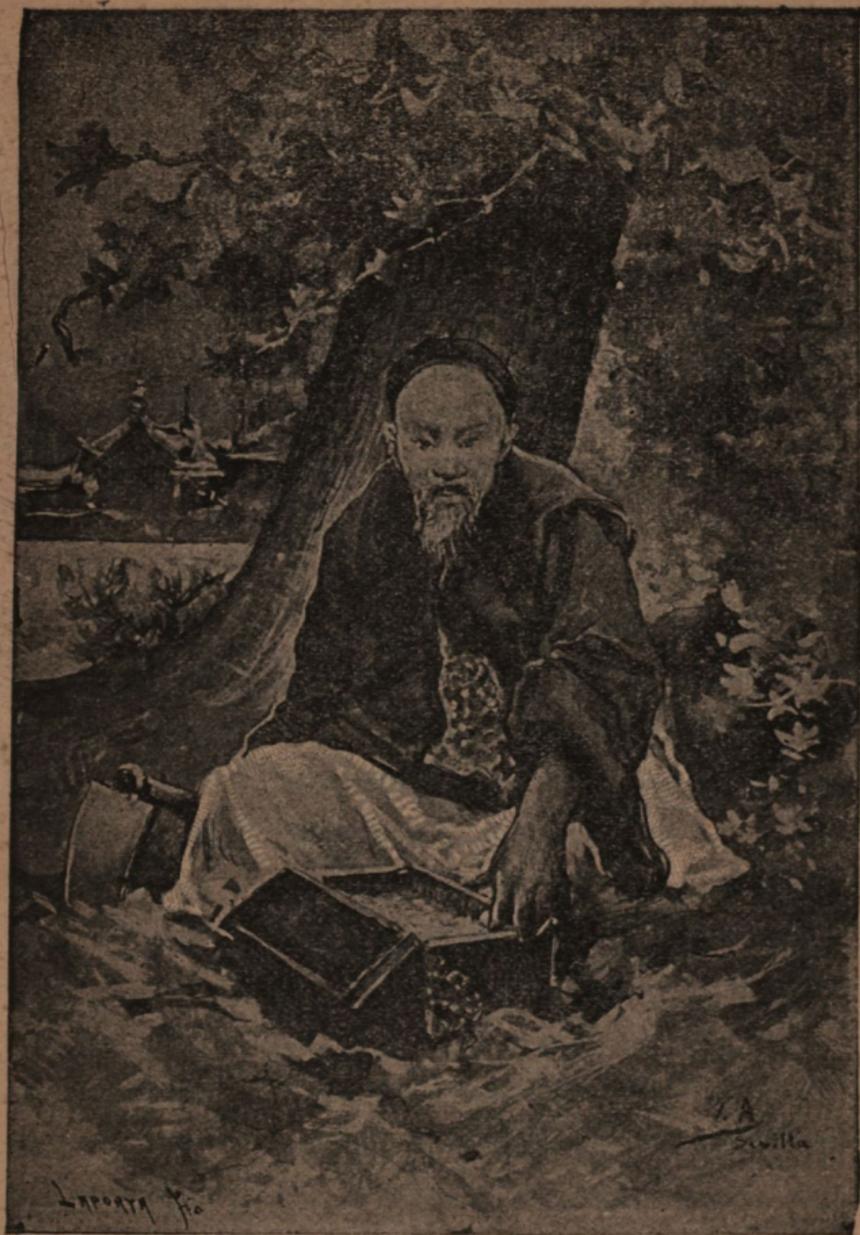
Las ofertas eran muy brillantes y seductoras para ser despreciadas por un avaro: en un año podía reunir mucho dinero: por otra parte era bien difícil que, en el término de un año, obrando con suma prudencia, pudiese la justicia descubrir á sus inquilinos: así es que se decidió al arrendamiento de la casa.

Todo marchaba á pedir de boca para aquellos malvados, pero un día, sin saber por qué causa, fueron cogidos in fraganti: á los dos monederos los condenaron á muerte, y el viejo Sung-Ching sufrió la confiscación de sus bienes y la pena de destierro por dos años á Tu-Kien, pueblo muy distante de Cantón.

Inmensa fué la desesperación de Sung-Ching, al ver desnuoronado en un instante todo el edificio de su fortuna, en cuya obra había invertido toda una vida de privaciones y miseria; gracias que pudo salvar una buena suma, que llevaba siempre consigo en un largo bolso ceñido á la cintura.

Sung-Ching marchó al lugar de su des-

tierro triste y pensativo: allí á solas, retirado de todo trato social, pasaba los días, ora entregado á reflexiones y cálculos que le pudieran restituir su pasada fortuna, ora ocupado en contar y recontar la suma que le quedaba, recreándose y acariciando aquellas monedas que constituían para él sus más queridos ídolos; pero el infierno, como decimos nosotros, estaba decidido á atormentarlo: pues aconteció cierto día que, por un movimiento brusco dado á la mesa, rodaron las monedas por el suelo, y algunas de ellas cayeron por el balcón de la sala al jardín de la casa inmediata; era inútil llamar al dueño de ella porque estaba ausente: no quería dar publicidad del hecho por el temor de que pudiesen robarle: no le quedaba otro recurso que bajar él mismo. Al efecto, provisto de una escalera, descendió y se apresuró á buscar las monedas que le faltaban, pero algunas de ellas no parecían; había necesidad de escarvar con algún instrumento á propósito: así lo hizo por distintos sitios: mas cual no sería su sorpresa al descubrir,



Cual no sería su sorpresa al descubrir...

al pie de una morera, dos cajas de ébano que contenían mucho dinero; era evidente que aquella suma debía pertenecer al dueño de la casa, que durante su ausencia la había dejado allí oculta; pero esta circunstancia, muy atendible para un hombre honrado, no lo era para Sung-Ching, que se apoderó del dinero, dispuesto á negar á todo el mundo su procedencia, procurando al mismo tiempo hacer desaparecer todas las huellas y señales que pudieran hacerlo sospechoso del crimen cometido.

Dueño el avaro de aquella gran fortuna, alquiló una de las mejores casas de la ciudad, la amuebló perfectamente y se hizo rodear de servidores, que satisficieran sus menores caprichos y mandatos; pero muy poco tiempo duró aquel derroche de gastos y munificencias; la avaricia se apoderó nuevamente de aquel malvado, tornándolo á su antigua vida de economías y privaciones. Despidió á toda la servidumbre y procuró adquirir en el mercado algún muchacho que le cediesen en bajo precio; desgraciada-

mente se vendían en la China jóvenes de uno y otro sexo, de igual modo que en España se ponen á la venta en las ferias toda clase de ganados y mercaderías. Sung-Ching se trasladó á uno de aquellos mercados para realizar su proyecto.

Muy cerca de él mantenían el siguiente diálogo, un joven de unos quince años, llamado Chao-lí y un anciano privado de la vista, que era su padre.

—No te aflijas, padre mío; aguardemos á que pasen algunos días, y quizá la justicia logre descubrir al que nos ha robado nuestra fortuna. No te aflijas, que si todos tus amigos te vuelven las espaldas ahora que eres pobre, aquí me tienes para sacrificarme por tu bien; estamos en el mercado, soy ágil y robusto, y no faltará un buen comprador que me adquiera en buen precio; con el importe de mi venta, puedes atender por algún tiempo á tus necesidades, y quién sabe si daré con un buen amo que se compadezca de tí y permita vivamos juntos.

—No consentiré nunca semejante sacri-



Y un anciano privado de la vista...

ficio: antes que separarme de tí, prefiero la muerte.

— Dame gusto, padre, no contraríes mis deseos; me apena en el alma verte ciego y sin recursos, y estoy dispuesto á todo para socorrerte.

— No lo intentes jamás; ya que no puedo verte, no me prives del gusto de oírte y de tenerte á mi lado.

— Déjame cumplir mis deseos, repitió el joven; y como el padre insistiese en su negativa, le dió un apretado beso en la frente, y, corriendo como un loco, fué á presentarse en el grupo, donde se exhibían los jóvenes que deseaban ser vendidos.

Aquella noche, el mismo techo cobijaba á Chao-lí y á su padre, y al viejo Sung-Ching: éste había sido el comprador del hijo del ciego.

El proceder del avaro no era hijo de un sentimiento compasivo: por el contrario, respondía á un plan maquiavélico y criminal. Sung-Ching había oído la conversación que sostenían en el mercado padre é hijo;

sabía ya á quienes había robado, y ante el temor de que pudieran descubrirlo, resolvió deshacerse de ellos. Para llevarlo á cabo, penetró de noche en la estancia de Chao-lí á cierta hora que lo suponía dormido, y, armada su diestra de un puñal, se acercó á la cama de Chao-li para asestarle un golpe certero. Afortunadamente no pudo realizar su intento: el joven lo había visto entrar y aproximarse, y logró cogerle la mano con que esgrimía el arma homicida.

Una lucha á brazo partido se entabló entre el viejo y Chao-lí: ambos cayeron al suelo, pero en la caída, el viejo avaro se hirió mortalmente con el mismo arma, con que pretendía matar al hijo del ciego.

Antes de morir, pudo declarar ante la justicia que él mismo se había clavado el puñal, y que la fortuna que poseía era de Chao-lí y su padre.

Lectores míos, huyamos siempre de la avaricia, que nos hace desgraciados y llega á impulsarnos á la maldad y al crimen; odiamos ese vicio repugnante que seca la fuente



El viejo avaro se hirió mortalmente....

de los más puros sentimientos y del cariño para con nuestros semejantes: ambicionemos, sí, pero con moderación y sin egoismo, para atender á nuestras necesidades del mañana, especialmente en ese triste período llamado vejez ú ocaso de la vida.



